

En la isla saltó con su carillo,  
Después que ya llegó la luz del día;  
Salió todo Carex á recebillo  
Con amor ó temor que le tenía;  
El señor de la isla por servillo  
Inquirió la demanda que traía,  
Y el Heredia con muestra placentera  
Al indio respondió desta manera:

«De te favorecer son mis cuidados,  
Y de mis obras eres buen testigo  
En todos los negocios atrasados;  
Y pues te vendes por mi fiel amigo  
Hásmelo dar mil hombres bien armados  
Para que á Calamar vayan conmigo,  
Porque quiero quemar estos cristianos,  
Y allí ternás donde henchir las manos.»

El indio que le vió pedir ayuda,  
Reíase pensando ser ficciones;  
Mas el Heredia dijo que sin duda  
Venía con aquellas intenciones,  
Y dándole por cuenta mas menuda  
Alguna relación de sus pasiones,  
En un instante saca de su tierra  
Mil indios escogidos para guerra.

Pintanse todos, pónense plumajes,  
Segun suelen hacer indios guerreros;  
Arrebatan los arcos y carcajes,  
Ponen en las muñecas flechaderos,  
Con aquellas posturas y visajes  
Que los hacen mas torvos y mas fieros;  
Entraron en sus barcas ó canoas,  
Y para Calamar guían las proas.

Para mas animar la compañía  
Y hacelles cobrar bravo talante,  
El dicho bergantín era la guía  
Porque el gobernador iba delante;  
Y á hora poco mas de medio día  
Surgen en Calamar poco distante,  
Y á todos les causó tan gran espanto  
Que de mujeres hubo grande llanto.

Porque el tumulto fiero y estupendo,  
Al tiempo de surgir en la bahía,  
Hizo con sus cornetas tal estruendo  
Que pareció quel mundo se hundía,  
Con grita que los aires va rompiendo  
Y á todo corazón temor ponía,  
Y mucho mas á quien tales ruidos  
Nunca jamás tocaron los oídos.

No se pueden pintar las confusiones,  
Los rumores, las gritas mal formadas  
De mujeres, de niños, de varones,  
Viendo ya sobre sí gentes armadas;  
Ocurren á las armas de algodones,  
Búscanse las rodellas, las espadas;  
Mas cuanto se prepara, busca, piensa,  
Era muy poco para su defensa.

Pues los soldados que hay no son bastantes,  
Por ser pocos en estos menesteres,  
Puesto caso que muchos contractantes  
Había, y abundancia de mujeres;  
Y gritos y rebatos semejantes  
No son para prendados mercaderes:  
Al fin los baquiños son los menos  
Y salen con sus armas como buenos.

Allí Joan de Orozco dijo: «Quiero  
Si sois servidos de me dar licencia,  
Hablar con el gobernador primero  
Rogándole que mire su conciencia,  
Considerando bien el paradero  
Desta desatinada competencia.»  
Todos á una le ruegan que vaya,  
Y así se llegó junto de la playa.

Y en tono que podía ser oído,  
Dijo con las comunes prevenciones:  
«Señor gobernador, sea servido  
De me dejar decir cuatro razones,  
Porque para decillas soy movido  
Con buenas y con sanas intenciones,  
Y en hecho de verdad guiado vengo  
Por el amor que á vuestra merced tengo.

»Testimonio del gran dolor que siento  
Son lágrimas que salen de mis ojos,  
Viendo que vuestro buen entendimiento  
Se deja subyectar de sus enojos,  
Queriendo macular ese talento  
Con apasionadísimo antojos,  
Pudiendo castigar los delincuentes  
Sin usarse de medios indecentes.

»Pues aunque con razón justa merezcan  
Castigo los que la maldad hicieron,  
La misma no requiere que padezcan  
Aquellos que ninguna cometieron;  
Y diligencias hay donde parezcan  
Otros ocultos si la consintieron,  
Para que se castigue la malicia  
De los unos y otros con justicia.

»Esto pudiera ver vuestra cordura  
Antes de tan pesadas novedades,  
Y no poner en riesgo y aventura  
Personas de tan buenas cualidades,  
Y vuestro seso y ser con la locura  
De mal consideradas mocedades,  
Pudiendo con papeles, como digo,  
Dalles según las culpas el castigo.

»Y si fue por probar lo que valía  
Aquel esfuerzo raro que en vos cabe,  
Poca necesidad, señor, había,  
Pues acá y en España bien se sabe;  
Y así de muchas esta valentía  
De anoche no merece que se alabe;  
No porque no lo fué, mas en tal caso  
Indigna fué de tan prudente vaso.

»Muy buenos estarían los jueces,  
Cuando se les ofrecen ocasiones,  
Teniendo de su rey poder y veces  
Para convocar gentes con pregones,  
Querer domar á solas altiveces  
De los desvariados corazones,  
Como vuestra merced anoche quiso  
Sin querer á los suyos dar aviso.

»Do contra tantas fuerzas invencibles,  
Hablando sin lisonjas y sin dolo,  
Hector, ni Telamón, ni el gran Aquiles  
Hicieran lo que vos hicisteis solo,  
Rodeado de armas con astiles  
Con mas hierros que rayos tiene Apolo;  
Pero según mi seso mejor fuera  
Que lo guiáredes de otra manera.

»Por ser gran freno contra gente verde  
La gravedad y peso del anciano;  
Y así como vuestra merced acuerde  
De tomar sin pasión consejo sano,  
Si buena coyuntura no se pierde  
Agora la tenemos en la mano,  
Y bastará salir vuestra presencia  
Sola, para teneros obediencia.

»Por tanto, yo por todos ellos salgo  
A suplicar aqueste beneficio,  
Empeñando mi fe de hijodalgo  
Ser esto sin aleve maleficio:  
Deseo pues que sepan lo que valgo  
Yo con vuestra merced y en su servicio,  
Para que paguen los que son culpantes  
Y no lo lasten pobres ignorantes.»

Dijo, con otras cosas que yo dejo,  
Las cuales el Heredia fué notando,  
Y con aquel reporte que es anejo  
A los cuerdos que tienen algún mando,  
Estuvo por un rato muy perplejo  
Sus determinaciones tanteando;  
Llegó pues á la proa desde donde  
Estas pocas palabras le responde:

«Todo lo que decis, señor Orozco,  
De cosas dirigidas á templanza,  
Sin que me las digáis yo las conozco;  
Mas son los mas vecinos en la danza,  
Y sería yo mas que vil y tosco  
Si de tales hiciese confianza;  
Y así no quiero ir ni quiero vellos,  
Si no fuere para vengarme dellos.

»Agradezco, señor, vuestro buen celo,  
Visto que lo teneis en honra mía;  
Y porque me parece ser del cielo  
Dejaré de hacer lo que quería;  
Mas no para que quede sin repelo  
De me satisfacer en otra vía.»  
Y aquesto dicho por la costa abajo  
A Carex envió los mil que trajo.

Los nueve de Madrid, vista la cosa,  
Primero que por partes los reparta,  
Pusieron luego piés en polvorosa  
Huyendo por la mar á Santa Marta,  
Con ayuda de gente generosa,  
No sin obscuridad y priesa harta;  
Mas el gobernador con duro pecho  
Al pueblo de Urabá se fué derecho.

No sin aplauso de contentamiento  
Fué del mayor hermano recebido,  
Y el resto de la gente del asiento  
No menos se holgó cuando lo vido;  
Mas á nadie dió parte del intento  
Ni cuenta del negocio sucedido;  
Y entonces solamente hizo cebo  
Con que venía á ver el pueblo nuevo.

A todos abrazó con buen semblante,  
Grata conversacion, que tal lo era;  
La cual como llevasen adelante  
Vinieron á tractar de la frontera,  
Do Julián estaba muy pujante  
Con gente que huyó de su bandera,  
Y cómo vino con aquel ostento  
A les hacer un gran requerimiento.

Heredia respondió: «Pues él espera  
A negociallo por aquesta vía,  
No será malo que se le requiera  
Que salga de la tierra, pues es mía;  
Y donde no, haremos de manera  
Que baje de su loca fantasía,  
Porque también acá tenemos manos,  
Si no quiere tomar consejos sanos.

»Estos, señores, son mis pareceres;  
Quizá donde nos piensa dar zozobra,  
Socorreremos nuestros menesteres  
Si ponemos las manos en la obra,  
Por acudir allí mil mercaderes  
Con tanto de regalo que les sobra;  
Y esta negociacion sea temprana,  
Y si quereis, hoy antes que mañana.»

Como tocasen en el interese  
Y estuviesen allí necesitados,  
Todos le respondieron que partiese,  
Porque presto serían aviados;  
Al día y á la hora que quisiese,  
Esos que por él fuesen señalados:  
Holgóse mucho que con él concorden,  
Y para la partida dieron orden.

Y para que con mas pujanza vaya,  
Despachó treinta dellos con rocines,  
Que fuesen caminando por la playa  
Hasta se congregaran en los confines,  
En cierta parte quél les dió por raya,  
Con los que fuesen en los bergantines,  
Que serían sesenta solamente  
Con tiros y aparato conviniente.

Los que por tierra van hallan lugares  
Inaccesibles para caballeros,  
Por ser la costa toda de manglares,  
Malos pasos de ciénagas y esteros,  
Y con reventaciones de las mares  
No podían hacer los piés lijeros;  
Y así por selles todo tan contrario  
No llegaron á tiempo necesario.

Porque el gobernador y compañía  
Que en bergantines por la mar llevaba,  
A causa de ser poca travesía  
Llegaron brevemente donde estaba  
El Julián, que como ya los vía  
Armadas sus escuadras esperaba:  
El Heredia de paz puso bandera  
Hasta poder surgir en la ribera.

De donde según uso cortesano  
Habló, manifestando que su intento  
Era mediante pluma y escribano  
Venilles á hacer requerimiento,  
Del sitio que poblaron al cen mano  
Por ser de sus confines el asiento;  
Y si, por no querer, males viniesen,  
Daños ó muertes, á su cargo fuesen.

Con mayores instancias que yo digo  
Leyó prestándole consentimiento  
El escribano que llevó consigo  
De verbo ad verbum el requerimiento;  
Y en tono que podía ser testigo  
Cualquiera de los del ayuntamiento,  
El Julián Gutiérrez dió respuesta,  
Y la substancia dicen ser aquesta:

«Señor gobernador, yo fui mandado,  
Y aunque poblara mal y do no debo,  
Agora me sería inal contado  
Si sin tener licencia me remuevo;  
Y para ver si es bien ó mal fundado  
Hable vuestra merced con Barrio-Nuevo;  
Pues hasta ver aquello quél dispensa  
Tengo de procurar yo mi defensa.

»No se juzgue por loca demasia  
En poner en aqueste caso dientes,  
Porque vuestra merced también querria  
Que lo mismo hiciesen sus tenientes;  
Y si por leyes de razón se guía,  
Las mias no serán impertinentes,  
Y no me faltarán mañas y modos,  
Pues por su Majestad poblamos todos.»

Oído lo que Julián decía,  
Con levantado y alterado pecho,  
Dellos se despidió con cortesía,  
Manifestando que de su derecho  
La Majestad real conocería,  
Del cual asaz estaba satisfecho;  
Y encubriendo sus mañas y cautelas  
Mandó levar las anclas y dar velas.

Quedaron muy enhiestas las cervices  
Diciendo como ya lo vieron fuera:  
«¡Cuerpo de tal con él y sus narices  
Y sus palabras de santiguadera!  
¿Pensaba con blanduras y matices  
Tornarnos á meter en su bandera?  
Muy engañada pues vive la zorra  
Que con hijo de madre no se ahorra.»

Tales cosas decían en su junta  
Después que su bahía dejó sola,  
Porque ninguno teme ni barrunta  
El golpe de revuelta con la cola:  
Heredia pues paró tras una punta  
Con su gente de negros y española,  
Para los asaltar con mas seguro  
Revolviendo sobrellos con obscuro.

Y así cuando los ojos de mortales  
Suelen con sueño mitigar su pena,  
Y por allí marinos animales  
Salen á desovar en el arena,  
A ellos revolvió con sus parciales,  
Sin ir vela pendiente del antena,  
Sinó con solos remos y á la sorda  
Hasta llegar á parte de zaborada.

Era cuarto de legua mas abajo  
Del asiento de los fortalecidos,  
Y allí desembarcó con los que trajo,  
Donde no fueron vistos ni sentidos;  
A ciertas espesuras se retrajo,  
Hasta que los demás fuesen venidos,  
Y se juntasen mas allá del puerto,  
Segun hicieron antes el concierto.

Mas ya tenía débil esperanza,  
Pues poco mas ó menos adivina  
Haber de ser prolija la tardanza,  
Por ser de mal camino la marina.  
De los que tiene hizo confianza,  
Y á dar en Julián se determina;  
Y porque no rehusen la carrera,  
A todos animó desta manera:

« Señores míos, ya se hace tarde,  
Y para dar sazón á lo que vengo,  
No consiente razón que mas aguarde,  
Por ser lo que esperais negoció luengo;  
Y para subyectar este cobarde  
Sobra la noble gente que yo tengo,  
Y no digo con tantos, mas con menos,  
Siendo tan valerosos y tan buenos.

» Y aunque con claridad estemos ciertos  
Que llegaran aquí con los rocines,  
Es imposible no ser descubiertos  
Por indios que verán los bergantines;  
Y los que duermen estarán despiertos  
Para meternos en dudosos fines:  
Tengo pues la victoria por mas cierta  
Si nuestra voz y lanza los despierta.

» Si hay otro parecer que mejor suene,  
Cada cual lo declare sin espina. »  
Respondiéronle todos que conviene  
El que su voluntad les encamina,  
Y que ninguno dellos otro tiene  
Que les sea mas cierta medicina;  
Pues brevedad en trance semejante  
Quita cien mil estorbos de delante.

Oidas á su gusto las razones,  
Como buen capitán, en el instante  
Ordenó sus pequeños escuadrones,  
Ballestas y arcabuces adelante;  
Y por mas levantar los corazones  
En avanguardia va con un montante;  
Los que velaban en párdas hechas  
Vieron de lejos relucir las mechas.

Dan arma, según es comun usanza;  
Recuerdan los dormidos al aprieto;  
Luego sin mas recato ni ordenanza  
A caballo salió Rodrigo Nieto;  
A los contrarios arronjó la lanza  
Como vido venir el bulto prieto;  
El desdichado nunca hizo suerte,  
Y si la hizo fué para su muerte.

Pues un soldado de la gente suelta  
La misma levantó con los pulgares,  
Y cuando Nieto quiso dar la vuelta  
Con ella le rompió los dos ijares;  
El alma de las carnes fué resuelta,  
Mostrándole su lanza los lugares,  
Pues la con que pensaba hacer tiro  
Aquesa le causó mortal suspiro.

No con menos esfuerzos y denuedo  
Salió acia la grita y estampida  
El valiente Francisco de Quevedo,  
Lozano joven y en edad florida;  
Mas Cloto hizo que estuviese quedo,  
Pues una bala le quitó la vida,  
Y desta Juliana compañía  
Otros dos vieron su postrero día.

Acuden otros muchos al rebato,  
Pero mal puestos y peor regidos,  
Y no con aquel orden y recato  
Que suelen los que son acometidos;  
Y así los del lugar en breve rato  
Fueron desbaratados y vencidos,  
Y los tractantes y los mercaderes  
Ven en ajenas manos sus haberes.

Prenden con Julián mucha compañía,  
Al menos principales capitanes,  
Y aquellos que se dieron mejor maña  
Fueron con César y los dos Guzmanes  
A tomar por amparo la montaña  
Con Isabel Corral y otros galanes,  
Que por les conceder poco sosiego  
Tomaron presto las de Villadiego.

Pero llegada la febea lumbre,  
Cartas con ciertos indios les envía,  
Diciendo que ninguna pesadumbre  
Para siempre jamás se les daría,  
Y que su condición y su costumbre  
Ya cada uno dellos la sabía,  
Y con cuántas blanduras y paciencia  
Perdonabá cualquiera malquerencia.

Vistas las cartas y el comedimiento,  
Vino César con otra noble gente,  
Y no sin lamentable sentimiento  
Isabel Corral vino juntamente;  
El gobernador hubo gran contento,  
Y á todos recibió muy blandamente,  
Y usó con César, á quien bien quería,  
De gran urbanidad y cortesia.

Esperaron allí, y al tercer día  
Después que fué la villa saqueada,  
Llegó por tierra la caballería  
De los trabajos grandes fatigada;  
En cuyos rostros bien se parecía  
El escabrosidad de la jornada,  
Y demás de otros males infinitos,  
Llagados y comidos de mosquitos.

Mandó el gobernador á costa ajena  
Partir con ellos ropas y vestidos,  
Y aparejales opulenta cena,  
Do fueron largamente proveidos:  
De diversas conservas mesa llena,  
Vinos tintos y blancos escogidos;  
En tal manera, que vacios pechos  
Quedaron por entonces satisfechos.

Después, el cuarto día ya venido,  
En los navíos meten por su mando  
A la Isabel Corral y á su marido  
Y á César con algunos de su bando;  
Y á los demás del número vencido  
Mandó dar libertad, apregonando  
Que desde luego cada cual siguiese  
La bandera que mas gusto le diese.

Como treinta soldados lo siguieron  
De los que Julián acaudillaba,  
Y los demás á Panamá se fueron  
A dar las nuevas al que gobernaba;  
Los treinta de caballo no pudieron  
Sino volverse por la costa brava;  
La causa desto fué por los caballos  
Por no tener navíos do llevarlos.

Con esto se partió del Ensenada  
A verse en Urabá con el hermano,  
El cual, de ver la buena cabalgada,  
Y quel gobernador volvia sano,  
Hízole fiesta muy regocijada,  
Y á todos un convite soberano:  
Hubo juego de cañas que pudiera  
Parecer en Jerez de la Frontera.

Aqueste general convite hecho  
Con servicios de gran magnificencia,  
Que parte se suplió con el provecho  
Habido de la nueva competencia,  
El vencedor desencerró del pecho  
El enojo de la primer pendencia,  
Y estándole la gente bien atenta,  
Con esta relación lo representa:

« Señores, admiraros heis si cuento,  
Pues todos me teneis amistad buena,  
Un desacato y un atrevimiento  
Cuya recordacion me causa pena;  
Y fué juntarse muchos con intento  
De me querer matar en Cartagena,  
Viniendo nueve mozos al efeto,  
Que cierto me pusieron en aprieto,

» Con largas lanzas y con hierros finos;  
E yo y Saucedo que teneis presente,  
Que hizo hechos de memoria dinos,  
Nos defendimos valerosamente  
Sin querer ayudarnos los vecinos,  
Sino solo Romero mi teniente.  
El cual para prendellos tuvo duda,  
Porque ninguno quiso dar ayuda.

» Vista de los vecinos la malicia  
Y de mayor traición alguna muestra,  
Para seguir la causa por justicia  
Hame de socorrer ayuda vuestra;  
La cual, pues que me fué siempre propicia,  
Agora sé que no será siniestra,  
Pues para corregir el mal que digo  
Algunos tengo de llevar conmigo. »

Ansí como tocaron los oídos  
Estos atrevimientos que les cuenta,  
De gran espanto fueron poseídos  
Oyendo desvergüenza tan exenta;  
Y así dijeron los mas advertidos  
Tocar á todos ellos el afrenta,  
Y era muy grande cargo de conciencia  
No castigar tan pérfida demencia.

Juan de Montemayor, que era maese  
De campo, dijo: « Mas son en la danza  
Si dellos escrutinio se hiciese,  
Y mal aseguramos la balanza,  
Disimulando yerro como ese  
Y no se castigando sin tardanza;  
Y aun serán pareceres acertados  
Que vaya buena copia de soldados. »

El gobernador dijo: « Diferente  
En el número es lo que yo siento,  
Pues dos docenas bastan solamente. »  
Y hizo luego dellos nombramiento;  
Mandólos embarcar incontinentemente,  
Y fueron navegando con buen viento,  
Procurando por evitar reproche  
Entrar en Calamar á media noche.

Saltaron antes de llegar al puerto,  
Y de lo que hicieron lo primero  
Fué, por secretas vias con concierto,  
Entrar en cas del dicho tesorero:  
El cerrado lugar hacen abierto,  
Pero hallándolo sin compañero,  
De su propia posada fué remoto  
Sin sentirse ruido ni alboroto.

Luego lo ponen en ajena sala,  
Con cepo y grillos y con guardadores,  
Y al buen Nuño de Castro y al Ayala,  
Diciendo ser aquestos los fautores:  
La vida que les daban era mala,  
Y llena de pesados sinsabores;  
Y sobre la prision que los estraga  
Había de mosquitos grande plaga.

Aquestas cosas hechas según trato,  
Barrio-Nuevo, varon de cano seso,  
Sabiendo en Panamá del desbarato,  
Y Julián Gutierrez estar preso,  
Determinóse por mostrarse grato  
Al que por sus respetos era lesos,  
Por su persona ir á Cartagena  
Para librallo de prision y pena.

Fué caballero natural de Soria,  
En estas partes único soldado  
Que hizo hechos dignos de memoria,  
Algunos de los cuales he tractado  
En diferentes partes de mi historia,  
Donde queda su nombre celebrado:  
Era valiente y á las armas presto,  
De nobles condiciones y modesto.

Efectuóse luego su partida  
Con gana de traer á su caudillo:  
Supo Pedro de Heredia su venida,  
Salió con la ciudad á recebillo;  
Y toda pesadumbre despedida,  
El mismo lo hospedó por mas servillo,  
Donde los dos conformes en razones  
Vieron unas y otras provisiones.

Dieron trazas y cortes en el paño  
De los bajos y altos de la sierra,  
Aunque ningunos dieron en el daño  
De los bienes robados en la guerra.  
Barrio-Nuevo quedó con desengaño  
Y el buen Pedro de Heredia con la tierra;  
Y dióle con alguna mas hacienda  
A Julián Gutierrez y á su prenda.

Esto hecho rogó por los opresos  
Y en aquella sazón encarcelados,  
Haciendo perdonar culpas y escesos,  
Ya fuesen inocentes, ya culpados:  
En efecto, quemaron los procesos  
Contra los susodichos fulminados,  
Y dado fin á todo cuerdamente  
A Panamá volvió con su teniente.

Luego Pedro de Heredia, con cudicia  
De cosas que por indios entendia,  
Ordenó descubrir la gran noticia  
Que por nombre Dabaibe se decia:  
Dejó las cosas puestas en justicia,  
Y al Darien llevó su compañía,  
Guiando por el río, con intento  
De ver las tierras de su nacimiento.

Año de treinta y seis, á doce días  
Del mes de abril, según las relaciones,  
Entraron las cristianas compañías  
A descubrir provincias y regiones,  
Movidos por los dichos de las guías  
Que llevaban con guardas y prisiones;  
Los hombres de caballo son sesenta  
Y todos los de pié ciento y cincuenta.

Caminaron por tierra despoblada,  
Donde sus esperanzas son aviesas,  
Pues con haber andado gran jornada  
Las guías no cumplian sus promesas;  
E yendo ya la gente fatigada  
La meten por montañas muy espesas,  
Cuyo lodoso y empapado suelo  
Jamás lo visitó lumbre del cielo.

Esta molesta y enfadosa breña  
Era de suyo tal y tan lluviosa,  
Que recurso ninguno les enseñia  
Para valer su vida trabajosa;  
Ni podian hallar siquiera leña  
Para poder guisar alguna cosa,  
Pues por ser agua cuanto della sale  
La mayor diligencia no les vale.

Pedro de Heredia, con desabrimiento  
Viendo su perdición y el desatino,  
Amenazó los indios con tormento  
Si no guiasen por mejor camino:  
Ellos representando buen intento,  
Responden no deber estar mohino;  
Pues por aquel restaban tres jornadas  
Para dar en las tierras deseadas.

Con aquella promesa ya hacian  
Cuenta de ver cumplidos sus deseos,  
Con ser tercero mes que los traian  
En estos círculos y rodeos:  
Siguiéron pues los indios que los guian  
Sin ver mejora para sus rancheos,  
Antes por ser prolijos estos yermos  
Los mas dellos estaban muy enfermos.

Continuando pues aquella via  
Atormentados con el mucho lodo,  
Era peor lo que se descubria,  
Y el infernal terreno de tal modo,  
Que por poco quel hombre se movia  
Daba grande temblor el suelo todo:  
Van atollando no sin gran fatiga,  
Y los caballos hasta la barriga.

En estos pegajosos tremadales  
Desmayaba quien era mas constante,  
Y no pueden los brutos animales  
Salir de desventura semejante:  
Allí ciertos peones principales  
Dejándolos pasaron adelante,  
Y prosiguiendo mas dos ó tres días  
Encontraron con muchas rancherías.

En partes montuosas y no rasas,  
Pero los bajos limpios y sin ramas,  
Ven infinitos rastros, no ven casas,  
Ni señales de ranchos ni de camas;  
Olor cierto de humos y de brasas,  
Sin que pudiesen divisar las llamas;  
Alzan los ojos, miran al desgaire,  
Y vieron que vivian en el aire.

Porque tenian sus casillas hechas  
Encima de los árboles y plantas:  
Era gente de débiles cosechas  
Sin uso de vestidos ni de mantas,  
Proveidos de dardos y de flechas;  
Su común caza baquiras y dantas,  
Sus tractos son por rios en canoas  
Y viven en aquellas barbacoas.

Tomaron dos gandules desta gente  
En cierta senda do hicieron salto;  
Todos los otros valerosamente  
Hicieron resistencia de lo alto,  
Hasta les arronjar agua caliente  
Para que se dejasen del asalto:  
Al fin con estos dos indios volvieron  
A dar la relacion de lo que vieron.

La gente castellana toda junta  
A la lengua mandaron que les hable,  
Y hecha por mil vias la pregunta,  
No respondieron cosa saludable,  
Antes de lo que dicen se barranta  
Ser gente pobre, vil y miserable;  
Y así para del todo no perderse  
Determinaron luego de volverse.

Volvieron á la mar rugosas frentes  
Aquestos fatigados peregrinos,  
A caballo llevando los dolientes  
Con términos cristianos y beninos;  
Y como ya dejaban hechas puentes  
Y aderezados pasos y caminos,  
Tardaron en volver por estas vias  
Al pueblo de Urabá cuarenta dias.

Hallaron acogidas abundantes  
De cuanto por su parte se procura,  
Por acudir al puerto contractantes  
Que traían regalos en hartura:  
Volvieron á sus fuerzas como antes  
Los enfermos mediante buena cura;  
Murieron pocos antes de los puertos,  
Y caballos también quedaron muertos.

Muchos murieron por faltales heno,  
Y demás desto cuando los caballos  
Estaban atollados en el cieno  
No teniendo vigor para sacallos,  
Ni dónde restribar en el terreno,  
No se podía menos que dejallos,  
Pues atascaba hasta la espaldilla,  
Y el español á mas de la rodilla.

Y en el cenagosísimo combate  
También el atollar era de modo,  
Que dejaban los mas el alpargate  
En mas profundidad de largo codo;  
Y quien por lo sacar hombros abate  
Las barbas arrastraba por el lodo:  
No faltaban también en las fatigas  
Murciélagos, mosquitos y hornigas.

Y con ser la jornada tan nefanda,  
La gente como ya se vido buena,  
Deseaba volver á la demanda  
Sin acordarse de pasada pena,  
Con intento de ir por otra banda  
Por tener el Dabaibe fama llena:  
Y así ruegan á César lo tractase  
Y el mismo César los acaudillase.

Tuvo César en esto diligencia  
Para que su desco se cumpliese:  
Dióle Pedro de Heredia la licencia  
Para que cien soldados escogiese,  
Y con guías de mas inteligencia  
Aquella gran noticia descubriese;  
Y él señaló del número robusto  
Peones y caballos á su gusto.

Con ellos se partió de su presencia  
Y caminó por parte diferente;  
Mas yo que de reñir tanta pendencia  
Me siento fatigado de presente,  
Querria, buen lector, mudar sentencia,  
Si vuestra buena gracia lo consiente,  
Por mandarme decir Pedro de Heredia  
Un rüin entremés de su tragedia.

## CANTO QUINTO.

Donde se cuenta cómo á pedimiento de hombres apasionados, la audiencia real de Santo Domingo envió al licenciado Juan de Vadillo, oidor della, á tomar residencia al gobernador Pedro de Heredia, y lo que durante su tiempo aconteció.

Segun reconocemos el enmienda  
Poca, de las sobradas sinrazones;  
Aquél que en Indias tiene su vivienda  
No debria faltar en oraciones  
Al sumo Hacedor que lo defiende  
De júeces de malas intenciones;  
Pues aunque los castiguen cada hora,  
Muy pocos ó ninguno se mejora.

Bien señalados son los que estas greyes  
Han gobernado con sencillos pechos;  
Mas otros so color de servir reyes  
Nos tienen asolados y deshechos,  
No por servir al rey ni cumplir leyes,  
Sino por acudir á sus provechos,  
Tan sueltos á cualquiera desvergüenza  
Que quien mas dice dellos no comienza.

Una destas solícitas raposas,  
Que de Heredia solia ser amigo,  
Con blandas muestras aunque cautelosas,  
Segun se notará de lo que digo,  
Viniendo por júez usó de cosas  
Dignísimas por cierto de castigo:  
Aqueste se llamó Juan de Vadillo,  
Primo del otro no mejor caudillo.

Senador fué de la real audiencia  
De la Española, de los mas antiguos;  
Y como se pidiese residencia  
Contra el Heredia por sus enemigos,  
Enviaron aquesta pestilencia,  
Aunque contradecian los amigos;  
Y él hizo gran instancia con su ruego  
Por una cosa que diremos luego.

Al tiempo que voló por los caminos  
Fama desta riqueza que fué brava,  
Como el Heredia y él fueron vecinos  
Y por sus cartas amistad duraba,  
Envióle Vadillo dos sobrinos,  
Desde Santo Domingo donde estaba,  
Para que fuesen del favorecidos  
Y en aprovechamientos preferidos.

Y como fuese gente regalada  
Y en buscar de comer mal advertida,  
Con otra harta mas cualificada,  
De hambres y trabajos afligida,  
Al tiempo que hacían un entrada  
Ambos á dos partieron desta vida,  
Y dieron á entender malos intentos  
Que murieron por malos tractamientos.

Teniendó pues reales provisiones,  
Y no menos escritas en el pecho  
Sus malas propiedades ó pasiones  
Que se manifestaron por el hecho,  
Pues cuanto hizo fueron sinrazones  
Sin regla ni medida de derecho;  
A Cartagena vino con buen viento,  
Do le hicieron gran recebimiento.

Vino para que fuese su teniente  
Fernán Rodriguez Sosa, lusitano,  
Comendador de Cristo, y otra gente,  
Oficiales ya hechos á su mano;  
Fué alguacil mayor por consiguiente  
Un Pedro de Jureta, y escribano  
Un Juan Rodriguez, hombre temerario,  
Que después condenaron por falsario.

Como fué recibida su persona  
Con las solemnidades convinientes,  
Luego la residencia se pregona  
Contra el gobernador y sus tenientes;  
A todos sus amigos desentona;  
Privan con él los émulos presentes;  
Secuestrales los bienes y hacienda,  
Y á Urabá fué gente que lo prenda.

En bergantines fué la compañía  
Con Cazares y el Sosa lusitano,  
Y habiendo navegado breve via,  
Vieron otro que viene ya cercano  
Donde el gobernador mismo venia,  
Y allí ni mas ni menos el hermano,  
Ambos á dos quietos y muy fuera  
Del duro sinsabor que los espera.

Como se viesea ya poco desvio,  
Cazares dijo yendo con los remos:  
«Pase vuestra merced á mi navio  
Para serville como lo debemos.»  
Respóndele: «Mas vos pasad al mio,  
Sabré las novedades que tenemos.»  
El Cazares pasó sin detención,  
Y dióle cuenta de la residencia.

Ningun alteracion lo desenfrena  
De lo que le contó como testigo,  
Y en ser Vadillo tuvo poca pena,  
A causa de tenello por amigo:  
Llegaron todos pues á Cartagena  
Adonde no hallaron buen abrigo,  
Pues á los dos agravan con prisiones,  
Con guardas de malditas condiciones.

Crece la furia, saña y homecillo  
Del cúvido y avaro licenciado,  
En tal manera que con ser Vadillo  
Ninguno le podia hallar vado;  
Busca por todas partes amarillo  
Metal, que no lo quiere colorado,  
Y por momentos al contrario bando  
Les iba las prisiones agravando.

Y así con el trabajo recibido  
El Heredia mayor (¡oh gran mancilla!)  
Aquello que vivió, siempre tullido,  
Y el poder escapar fué maravilla;  
Y el tiempo que de mí fué conocida  
Andaba como Leiva en una silla,  
Pues á cualquier lugar que se mudase  
Habia de tener quien lo llevase.

El licenciado pues que mal los quiere,  
Con gana que su honra se destruya,  
So graves penas los oidos hierre,  
Como dicen, á mia sobre tuya,  
Contra quien ó supiere ó encubriere  
Cualesquier bienes ó hacienda suya,  
Y si manifestasen oro alguno  
También se les daría de diez uno.

Atormentaba negros y criados  
Para que descubriesen el tesoro,  
Los cuales como fuesen apremiados  
Descubrieron, por redimir su lloro,  
En diferentes partes enterrados  
Al pié de cien mil pesos de buen oro.  
Marcados ya, y en los libros reales  
Pagados quintos á los oficiales.

Estos ó poco menos que yo pinto  
Envío por servicio no pequeño  
Al gran emperador don Carlos quinto  
Con proceso que fué de falso sueño;  
Pues como de verdad era distinto  
Volviéronse después al proprio dueño;  
También él envió por propria cuenta  
Dinero harto de que compró renta.

Podia bien compraña de las sobras  
Porque tuvo donde meter las manos;  
Y no tan solamente las zozobras  
Se repartian por los dos hermanos,  
Mas á todos hacía tales obras  
Cuales suelen hacer hombres tiranos,  
Hasta hacellen dar cuero y correas  
Con amenazas de palabras feas.

Con este furioso desatiento  
Quisiera, por sacar oro guardado,  
Al Alonso de Heredia dar tormento;  
Mas como lo tenia recusado,  
Nuncá quiso prestar consentimiento  
Martin Rodriguez el acompañado,  
Doctor de buenas letras y esperiencia  
Y de mejor y mas sana conciencia.

Componen á su gusto los delitos  
Buscando fabulosos delatores,  
Y cuando presentaban los escritos  
En su contradiccion los defensores,  
Eran amenazados con mil gritos  
Los letrados y los procuradores,  
Demás de molestallos con prisiones  
Cuando les alegaban defensiones.

Al tiempo quel testigo declaraba  
Debajo de solemne juramento,  
El falso Juan Rodriguez asentaba  
Lo que no le pasó por pensamiento,  
Sino lo que Vadillo deseaba,  
Por dar colores á su mal intento;  
Y púdose saber de cierta ciencia  
Cuando se les tomaba residencia.

Entre tanto que causas difinia  
Por términos que no tuviera moro,  
A los indios de paz gentes envia  
A que por fas ó nefas diesen oro,  
Y en estos miserables se hacia  
Una crueldad dignísima de lloro:  
Baltasar de Ledesma los regia  
Y Montemayor era también guía.

Estos dos capitanes fueron tales  
Y tan perjudiciales y nocivos,  
Que demás de roballes los caudales  
De cuanto contenían sus archivos,  
Llevaron presos muchos naturales  
Que hicieron esclavos y captivos,  
Sin causa de delitos cometidos,  
Antes siendo de paz y repartidos.

Seria de quinientos la partida,  
Digo quinientos de Cipacua sola,  
Mozos y mozas gente muy lucida  
Contra la voluntad sacra charola;  
Y el Vadillo después de recebida  
Mandólos enviar á la Española  
Para sus intereses y ganancias  
Y servir en ingenios y en estancias.

Robando pues estos alderredores  
Una noche soldados que velaban,  
Vieron desde la cumbre resplandores  
Que sobre Calamar reverberaban,  
Y tuvieron por cierto ser ardores  
De casas que en el pueblo se quemaban:  
Y así por la distancia ser cercana  
Vinieron en llegando la mañana.

Pero lo que pensaron no fué cierto  
Ni hallaron el pueblo con desdoro,  
Sino mayores males en el puerto  
Y en aquel tiempo dignos de mas lloro:  
La causa desto por haberse muerto  
Su buen obispo fray Tomás de Toro,  
Ansi que la señal esclarecida  
Dió clara muestra de su buena vida.

En estos mismos dias César vino  
Al pueblo de Urabá de su jornada,  
Con mas de cien mil pesos de oro fino;  
Pero toda su gente fatigada,  
Por ser trabajosisimo camino  
Aquél por do hicieron el entrada,  
Montañas bravas, por cuyos conveses  
Anduvieron perdidos siete meses.

Tierra lluviosa, ciega y espantable,  
De todo morador aborrecida  
Sin recurso de cosa saludable  
Que pudiera servilles de comida;  
Y por ser tal y tan inhabitable,  
Se vieron en gran riesgo de la vida;  
Sustentábanse con arbóreos tallos  
Y con hoja de cañas los caballos.

Hecho cien mil pedazos el ropaje  
De romper por aquellas espesuras,  
Y por los grandes cienos del viaje  
Llenos de llagas y de desventuras,  
No les quedaba callo de herraje  
Y los caballos ya sin herraduras;  
Faltábanles ya diez de los mas buenos,  
Y de los españoles veinte menos.

Yendo pues con miseria tan continua  
A desastrado fin suelta la rienda,  
Sin esperanza de la medicina  
Que promete salud á la vivienda,  
La gran bondad de Dios les encamina  
Un arroyo do vieron cierta senda,  
Y aunque de pocos huertos y maltrita  
La gente cuasi muerta resucita.

Sigüéronla por ver si su costumbre  
Los guía donde van sus esperanzas,  
Y sacólos á tierra de mas lumbre,  
Mejores influencias y templanzas:  
Por ella suben hasta cierta cumbre,  
Devisan rasos campos con labranzas,  
Tantas y tan crecidas poblaciones  
Que se vian en grandes confusiones.

Porque se vian todos de mal arte,  
Hambrientos, fatigados y dolientes,  
Y así les parecía no ser parte  
Para salir á dar con tantas gentes;  
Y demás de sentir flaco su marte  
No tenían caballos convinientes;  
El uno extremo y otro les es duro,  
Mas tomaron al fin el mas seguro.

Aquesta sobre dicho potentado  
Es tierra del Guacá que se derrama  
Por rico mineral á cada lado,  
Cuya grandeza publicó la fama;  
Y el indio de quien era gobernado  
Utibará supieron que se llama;  
Hicieron pues los nuestros sus conciertos  
De estarse por entonces encubiertos.

Por ir apriesa Titan al ocaseo  
Y esperar á sazón mas conveniente;  
E ya de día, por henchir el vaso  
Y dar satisfacción al mal terrible,  
Salieron todos ellos á lo raso  
Con aquel orden que les fué posible,  
Y no pararon con los escuadrones  
Hasta meterse por las poblaciones.

Firmes se hacen en el valle llano  
No sin admiración de los vecinos,  
Porque nunca jamás vieron cristiano  
Ni caballos hollaron sus caminos;  
Buscaron pues los españoles grano,  
Y dieron de comer á los rocinos;  
Los hombres bárbaros temblaban dellos  
Oyendo sus relinchos y resuellos.

Hablóles César amigablemente  
Con lengua que traía curiosa,  
Y puesto caso que era diferente  
Entendían al fin alguna cosa;  
Acude grande número de gente  
A la que tienen por maravillosa,  
Trayéndoles á todos por momentos  
Gran abundancia de mantenimientos.

Mas Francisco de César, aunque vido  
Ser de sinceridad el apariencia,  
Como capitán diestro y advertido  
Velábase con grande diligencia,  
Porque se via mal apercibido  
Y de los indios grande la potencia;  
Demás desto muy flacos los caballos  
Para con las espuelas fatigallos.

A cabo pues de tres ó cuatro días,  
Supo por mensajeros en la sierra  
Utibará que nuestras compañías  
Andaban recorriéndole la tierra,  
Y para quebrantar sus lozánias  
Trajo como dos mil hombres de guerra,  
Con flechas, hondas, y con largas lanzas  
Y con sus atambores y ordenanzas.

Habia de cornetas gran repique  
Ostentando sus fuerzas y poderes,  
Y todos cuantos son puestos á pique  
Segun requieren tales menesteres;  
En ricas andas traen al cacique;  
También viene gran suma de mujeres  
A gozar de la caza castellana,  
Que todos allí comen carne humana.

Cuando venían era de ver dino  
El orden que traían los salvajes,  
Aquellas joyas ricas de oro fino,  
Aquella gran soberbia de plumajes,  
Aquel alborotado torbellino,  
Aquellos ademanes de corajes,  
Y de los españoles el mas fuerte  
Tragada, como dicen, ya la muerte.

Puestos en Dios los flacos corazones,  
Haciendo votos y prometimientos,  
Y suplicándole con oraciones  
Que les libre de tales detrimentos,  
Porque tan crudelísimas naciones  
No hagan de sus carnes alimentos,  
Mas prestos los dolientes y los sanos  
A se valer de Dios y de sus manos.

General del ejército pagano  
Que los unos y otros animaba  
Era de Utibará menor hermano,  
Que no se supo cómo se llamaba:  
De grandes miembros, mozo tan lozano  
Que todos los demás sobrepujaba  
En la disposición y en ornamentos,  
Y en sus astucias y acometimientos.

Bajó pues la beligerá refriega,  
Segun guerreros usos ordenados,  
Hasta ponerse dentro de la vega  
Do los nuestros estaban afirmados,  
Que viendo la gran furia que se llega  
Salen á su defensa reportados;  
Por todos son ochenta solamente,  
Entrellos de caballo hasta veinte.

Baten las piernas en las confianzas  
Del que domina las eternas sillas,  
Rompiendo van los hierros de las lanzas  
Bárbaros hombros, pechos y costillas;  
Y por aquellos campos y labranzas  
Hacían todos ellos maravillas,  
A las espaldas siempre los peones  
Apriesa meneando los talones.

Sin osar desmandarse de la huella  
De los caballos que les van delante,  
Y al escuadron que ven que se atropella  
Acude cuchillada penetrante;  
Para poder en ellos hacer mella  
Presume cada cual de ser gigante,  
Pues no les iba menos que las vidas  
Si con intermision dan las heridas.

El animoso César, hecho torre  
Que por diversas partes es batida,  
Ningun escuadron halla que no borre  
Dejando los regentes sin la vida;  
Vuelve sobre los suyos, y socorre  
La parte que ve mas enflaquecida,  
Y el caballo de carnes mal compuesto  
A todos lances lo hallaba presto.

Las voces y terribles alaridos  
Rompen los aires hasta las estrellas;  
Resuenan por los campos estendidos  
Los gritos de las dueñas y doncellas;  
En diferentes partes hay gemidos  
Y sonos de mortíferas querellas;  
Cesa con ellos, porque son mayores,  
Aquel de sus cornetas y atambores.

Y el César todavía con reguardos,  
Porque su gente no se desordene,  
Va derribando de los mas gallardos  
Con tal velocidad cuanta conviene;  
Acometia no con pasos tardos,  
Y sobre sus peones luego viene  
Haciendo de sus golpes el empleo  
En los que via con mejor arreo.

Bien como torbellino violento  
Que lleva su furor por la cultura  
De plantas do de frutas hay aumento,  
Del cual ninguna puede ser segura;  
Mas con los soplos del nocivo viento  
Siempre suele caer la mas madura,  
Y con mas ligereza que de jara,  
Donde los daños hace no repara:

A su similitud y semejanza  
El violento César y arriscado,  
Rompiendo por aquella gran pujanza  
Derriba lo mejor y mas granado,  
Recambiando los lauces de su lanza  
A diestra mano y al siniestro lado,  
Precipitando cuerpos por el suelo  
Y recogiendo con presto vuelo.

Viendo tanta matanza como digo  
Utibará se pasma con espanto,  
Y mucho mas de ver un enemigo  
Solo ser causa de tan duro llanto;  
Y no sé yo si César el antiguo  
Con Petreyo y Afranio hizo tanto,  
Cuando con hechos dignos de memoria  
Les quitó de las manos la victoria.

Pues es así quel general maestro,  
Hermano del cacique que los rige,  
Llegó los derramados como diestro  
Y en escuadron formado los corrige,  
Y con su cuerno del lugar siniestro  
Al batallon cristiano mal alige,  
Porque con piecas largas tal se cierra  
Quel español cansado pierde tierra.

Bien así como cuando toscas gentes  
Encierran el indómito ganado,  
Que por partes que son mas convinientes  
Lo llevan recogido y enhilado;  
Pero si vuelven las cornudas frentes  
A ellos, han por bien de dalles lado,  
Huyendo su furor sin aguardallo,  
Eso me da de pié que de caballo:

No menos fué la grande arremetida  
Desta gente feroz y carnícera,  
Pues cuando todos iban de vencida  
Y el español allana su carrera,  
La gente por el indio recogida  
Una carga le dió de tal manera,  
Que con aquel extremo de congoja  
Traía cada cual la mano floja.

El animoso César bien lo via,  
Y á gran prisa volvió por aquel lado;  
Procuró de romper, mas no podia  
A causa del caballo ya cansado,  
Demás de que con larga piquería  
Aquel gran escuadron halló cerrado,  
Los cuentos dellas en el suelo puestos  
Y guiadas las puntas á los gestos.

Andando pues en el guerrero trato  
Como leon que busca sus despojos,  
En las mayores furias del rebato  
En aquel principal puso los ojos,  
Y dijo con gemido: « Si este mato,  
Honroso fin tendrán nuestros enojos;  
No sé qué medio tenga ni qué haga  
Para dar fin á tan ardiente plaga.»

Al cielo van sus ojos con suspiro,  
Y dijo: « Dios inmenso, soberano,  
Mirad la desventura que yo miro  
Si nos vence furor tan inhumano;  
Y así para que pueda hacer tiro,  
Guie la vuestra mi cansada mano;  
No prevalezcan los que no os entienden  
Y con tantas maldades os ofenden.»

Para hacer el tiro que nivela  
Sobre los dos estribos se levanta;  
El brazo sacudió y el asta vuela  
Encaminada con ayuda santa,  
Pues el golpe le dió, y el hierro cuela  
Rompiéndole por medio la garganta;  
Quedó pendiente del robusto cuello,  
Y luego le faltó vital resuello.

El suelo maculó con su caída,  
Forzado de mortales confusiones;  
Por ambas partes vierte la herida  
Sangre que sale dél á borbollones,  
A vueltas de la cual salió la vida  
Con tal espanto destes escuadrones,  
Que todos cuantos junto del confinán  
Con fria confusion se remolinan.

Bien como puercos en el arboleda  
Que son de canto lobo saltados,  
Y con gruñidos grandes forman rueda,  
Volviendo los colmillos afilados  
Con tenazadas para que no pueda  
Sacar al ya herido por los lados:  
Así se puso quien se halló junto,  
Temiendo que les lleven el defunto.

Y luego con aqueste pensamiento  
Lo levantaron del sangriento llano,  
Y con arrebatado movimiento  
Lo pusieron delante del hermano,  
El cual con entrañable sentimiento  
Del campo por entonces alzó mano;  
Y así se recogieron los gigantes  
No con el brio que vinieron antes.

Pues lamentando suben por el puerto,  
Sin mas mirar la gente forastera,  
Utibará pegado con el muerto,  
Haciéndolo llevar en su litera:  
Los españoles puestos en concierto  
Hasta que traspasaron la ladera,  
El de mas humildad y el menos manso  
Harto necesitado de descanso.

Mas como de los rostros y mejillas  
Cesasen ya los cálidos sudores,  
Hincando por el suelo las rodillas  
Dan gracias al Señor de los señores,  
Obrador de tan grandes maravillas,  
Tantos bienes, mercedes y favores,  
Pues en aquella peligrosa suerte  
Ningun herido dellos fué de muerte.

Desarman los caballos y á sus puntos  
Diéronles de maíz bateas llenas;  
Cenaron ansimismo todos juntos  
Sobresaltadas y lijeras cenas,  
Habiendo despojado los difuntos  
De joyas de oro que trajeron buenas,  
Diademas, chagualas, capacetes,  
Orejeras y ricos brazaletes.

No parecía indio ni semeja,  
Hasta que ya pasó tercero día,  
Que captivaron una buena vieja,  
A quien amenazaban á porfia  
Que le desollarían la pelleja,  
Si buenamente no les descubria  
Dónde tenían sus enterramientos  
Los indios cuyos eran los asientos.

Con el deseo de se ver segura  
De tan cruel ensayo y aspereza,  
Dijo que les daría sepultura  
De donde sacarán mucha riqueza;  
Que la mostrase luego se procura  
Por estar su salud en la presteza;  
Estaba pues tres leguas de desvío,  
Y habían de pasar un grande río.

Siendo certificados y advertidos  
De cómo les daría buena pella,  
De cosas necesarias proyeidos,  
La vieja caminó, siguen su huella,  
Y porque no cumplió ser divididos  
El campo todo junto fué tras ella:  
Vieron el grande río nada sesgo,  
Mas al fin se pasó sin haber riesgo.

La temerosa vieja que los lleva,  
En cierta parte poco montuosa  
Manifestó la boca de la cueva  
Cubierta de una bien labrada losa;  
No fué para hacer cúpida prueba  
La gente castellana perezosa,  
Bajando por algunos escalones  
Con lumbre para ver bien los rincones.

Sepulcro fué, segun que parecía,  
Y entierro de señor cualificado,  
Por ser todo de buena cantería,  
Y á manera de bóveda labrado:  
Buscóse lo que mas se pretendia,  
Y hallaron de oro buen recado,  
Pues los públicos fueron cien mil pesos  
Sin los que por los senos fueron presos.

Porque llegó la noche y obscurana,  
Cercanos al raudal se detuvieron,  
Y llegada la luz de la mañana  
Pasaron con la priesa que pudieron,  
Y para sé afirmar en tierra llana  
Al lugar conocido se volvieron,  
Donde tomaron otra vieja buena  
Que por ventura los libró de pena.

Porque les descubrió que congregaba  
Uibará gran número de gentes,  
Y que la tierra toda se juntaba  
Con armas y furiosos accidentes;  
Con cuyas nuevas cada cual temblaba,  
Por ser tan pocos, y los mas dolientes,  
Y de comun acuerdo todos quieren  
Dejar la tierra sin que los esperen:

Pareciéndoles cosa mas segura  
Estar de su furor larga distancia  
Que subyectar á riesgo y aventura  
Las vidas y las honras y ganancia;  
Pues aquello que dió la sepultura  
Valor y caudal era de substancia;  
Y así puestos en orden y concierto  
Volvieron rindas al marino puerto.

Guiando por diversa derescera  
Pablo Fernandez, adalid famoso,  
Atinó siempre, pero de manera  
Que fué camino menos trabajoso,  
Y en cincuenta y tres dias de carrera  
Llegaron al lugar de su reposo,  
Que es Urabá, donde dijimos antes  
Llegar aquestos mismos caminantes.

Llegados á la mar y á su castillo  
Estos á quien libró propia prudencia,  
El César preguntó por su caudillo  
Para le dar razon con obediencia;  
Y respondióle cómo Vadillo  
Le toma rigurosa residencia,  
Al insigne valor dando baldones,  
Y á buen servicio malos galardones.

El buen César responde no ser dina  
Su gran virtud de semejante pena,  
Y decia ser intencion malina  
La que con tal rigor se desenfrena;  
Y así con sus soldados determina  
Partirse luego para Cartagena,  
A ver la residencia cómo anda,  
Y lo que por Vadillo se le manda.

Puestos en Calamar la luz absente,  
Ver al gobernador fué lo primero,  
Entregándole muy secretamente  
La parte que le cupo del dinero,  
Y consolándole del mal presente;  
Ven la presencia del juez severo,  
Que por lo que de César habia oido  
Contento recibió cuando lo vido.

El César le habló como discreto,  
Vadillo lo regala y acaricia,  
Ambos á dós hablaron en secreto  
De cosas que rastrea la curia,  
Preguntándole muchas, y en efeto  
César dijo traer cierta noticia  
De prósperos y auríferos terrenos,  
Cuyos principios vieron y eran buenos.

Dió cuenta del recuento riguroso  
Pintándole con encarecimiento,  
Y ser negocio rico y honoroso  
Continuar aquel descubrimiento;  
De suerte quel letrado curdicioso  
En esto colocó su pensamiento;  
Y percibidas bien las relaciones  
Con él César habló tales razones:

«Para que tanta tierra se subyete,  
Rica según se ve por el indicio,  
La continuacion á vos compete,  
Por ser tan singular en el oficio;  
Pues vuestra buena fama me promete  
Que á Dios y al rey hareis este servicio,  
Y otra paga mejor y otros provechos  
Acá sabremos dar á vuestros hechos.

» Que bien sé del pasado desvario  
Y de vuestros honores el embargo;  
Mas el gobierno ya, señor, es mio,  
En el cual duraré por tiempo largo;  
Y así demás de daros buen avio,  
Quiero restituir vuestro cargo  
De general y mi lugarteniente,  
Con poder y recado conviniente.

» A todos los que siguen vuestro bando  
Bien les podeis decir y hacer ciertos  
Que los Heredias ya no tienen mando,  
Y que pueden contallos con los muertos;  
A miserable fin se van llegando  
Por sus intolerables desconciertos,  
Y mas en apelar de mi sentencia  
E ir á España con su residencia.

» Sus causas van asaz bien substanciadas,  
Y tan probadas culpas cometidas,  
Que les harán mercedes señaladas,  
Si los dos escaparen con las vidas;  
Pudieran las sentencias pronunciadas  
En muy mayor rigor ser convertidas,  
Y á mi me culpara cualquier prudente  
Por haberme mostrado tan clemente.

» Muchas cosas intentan y menean  
Para diminucion de su delito;  
Llanisimo negocio fantasean  
Con ser el de sus culpas infinito;  
Y allá me lo dirán desque se vean  
Los crimines atroces por escrito,  
Do se conocerá patentemente  
Que yo no me moví por accidente.

» Mas desto no se tracte, pues que tiene  
Su fin y paradero con revista;  
Volvamos al Guacá, donde conviene  
Llevar mas adelante la conquista;  
Para lo cual vuestra merced ordene  
Cómo hagamos luego nueva lista  
Y por entrambas partes se trabaje  
De dar buenos despachos al viaje.»

Dijo Vadillo lo que le parece  
Convenir mas á su aprovechamiento;  
Y el Francisco de César agradece  
Aquella voluntad y ofrecimiento,  
Demás de que las cosas engrandece  
Que vieron en aquel descubrimiento;  
Y así con atencion á sus provechos  
Se conformaron ambos á dos pechos.

En seguimiento pues de su rencilla  
Pendiente de testigos y probanzas,  
Pedro de Heredia fué para Castilla,  
Alentado de buenas esperanzas:  
Al Alonso por cárcel da la villa,  
No sin seguridades de fianzas,  
Habiéndose pasado ya dos años  
Que duraban las penas y los daños.

En aquesta sazón el uso viejo  
De la veloce fama frecuentado,  
Mediante prevenciones y aparejo,  
Habia en la Española publicado  
Tomarse mal en el real consejo  
Las insplencias deste licenciado,  
Por cuyos desvarios y demencia  
Con brevedad vernia residencia.

Como la nueva desto se tendiese,  
Por quien amistad llana le debia,  
Aviso se le dió para que viesse  
Aquello que á su honra convenia,  
Y con mejores obras deshiciese  
Lo que por sus contrarios se decia,  
Pues todos publicaban sinrazones  
Indignas de sus buenas opiniones.

Y si de sí sentia maleficio  
Y olor alguno de juez tirano,  
Procurase hacer algun servicio  
A Dios y al rey y al reino castellano;  
Pues tenia soldados y el oficio  
Y buenas ocasiones en la mano,  
Y tal podria ser alguna dellas  
Que no diesen oídos á querellas.

Las cartas vistas y por él abiertas,  
Como le remordia la conciencia,  
No tuvo tales nuevas por inciertas,  
Mayormente viniendo del audiencia;  
Túvulas solapadas y encubiertas,  
Mas no para huir de su sentencia,  
Pues luego hizo junta de varones,  
Con quien comunicó sus intenciones.

Y díjoles: «Señores, mi deseo  
Es de servir á la real corona,  
Y pues á quien le da mejor empleo  
Su Majestad, mejor lo galardona,  
En aquesta jornada que proveo  
Yo me quiero hallar por mi persona;  
Que no conviene, yendo tanto bueno,  
Quedarme yo las manos en el seno.

» Mi determinacion es la que digo,  
Y en cualquiera rigor hallarme quiero,  
Sin rehusar encuentro de enemigo  
Ni de sangrienta lid el trance fiero;  
Todos terneis en mi fiel amigo,  
Un llano capitán y compañero,  
Y en el gobierno y en el tractamiento  
A ninguno daré desabrimiento.

» Y pues tenemos todo buen recado  
Y el tiempo de verano nos convida,  
Pido las voluntades y cuidado  
Para la brevedad de la partida;  
La falta del que va mal aviado,  
Antes hoy que mañana me la pida,  
Porque sin reservar dinero mio  
Procuraré de dalle buen avio.»

Vista su voluntad, con la blandura  
De tanto cumplimiento cortesano,  
Correspondieron con lo que procura  
No menos el manébo quel anciano;  
Diciéndole tener á gran ventura  
Que los rigiese tan ilustre mano,  
Pues con tal capitán duda ninguna  
Tenian de su próspera fortuna.

Conocido de todos el intento  
Que de seguir el suyo se tenia,  
Vadillo, lleno de contentamiento,  
A cada cual las gracias le rendia,  
Y para su mejor aviamiento  
Las cosas necesarias proveia;  
Y todos ellos luego hacen prestas  
Fumosas escopetas y ballestas.

Ocupan fraguas en hacer harpones;  
Afilanse las lanzas, las espadas;  
Aforranse los duros morriónes,  
Los defensivos cascos y celadas;  
Ponian á las armas hebillones  
Que tienen de algodones preparadas,  
Manijas y brazales de rodela,  
Por mas fortalecer tales tutelas.

De trescientos soldados es la copia,  
Varones de valor y vigilancia,  
Bien aviados á su costa propia,  
Por tener de dineros abundancia;  
Van mas de cien esclavos de Etiopia  
Que hubo cada cual de su substancia;  
De indios y de indias gran bullicio,  
Que también llevan para su servicio.

Llevaban de caballos copia larga,  
Que podian romper cualquier rencilla,  
Porque demás de muchos para carga  
Iban sobre doscientos para silla,  
Do pueden menear lanza y adarga  
Los jinetes que van en la cuadrilla;  
Llevar sus faldas, pechos y teleras,  
Con otras circunstancias cumplideras.

Presentan al Vadillo pues la lista  
De todos los soldados principales  
Aderezados para la conquista,  
De fieros y remotos naturales;  
La cual, como ya fuese por él vista,  
Nombró los capitanes y oficiales:  
A César hizo general teniente,  
Por ser para tal cargo suficiente.

Fué capitán de la caballería  
Juan de Villoria, noble caballero;  
Por consiguiente del infantería  
Alonso de Saavedra, tesorero,  
Montemayor alférez, y regia  
El escuadron que llaman machetero  
Baltasar de Ledesma, que contino  
Habia de romper duro camino.

Escuadra fué Francisco de Mojica  
Y otro dicho Joan Ruiz de Molina,  
Y con los mismos cargos les aplica  
A un Caravajal y otro Medina,  
Y á Noguero, que ser francés publica,  
A quien muerte cruel hado destina,  
Pues fué de los soldados el primero  
Que peleando vió su fin postrero.

Es adalid por sus antigüedades  
Pablo Fernandez, que en los menesteres,  
Inconvinientes y necesidades,  
Tuvo bien acertados pareceres;  
Son sus colaterales Juan de Frades,  
Un Portalegre y un Alonso Perez,  
De quien en los rigores ó bonanzas  
Hizo Vadillo grandes confianzas.

Para celebracion de sacramentos  
Van cuatro religiosos ordenados,  
De quien no sé decir sus nombramientos,  
Y es porque no me fueron declarados;  
Llevaronse cumplidos ornamentos  
A santos sacrificios dedicados:  
También llevan trompetas y clarones  
Para mover humanos corazones.

Aderezados ya desta manera,  
Un bandó de atambor la gente llama  
Para que se juntasen á bandera,  
Al tiempo que á Titon deje su dama;  
Mas entre tanto aquellos salen fuera,  
Yo determino de tomar mi cama,  
Pues apresura Cintia sus caballos  
Y se reiteran voces de los gallos.

## CANTO SESTO.

Donde se cuenta cómo el licenciado Joan de Vadillo salió del puerto de Cartagena por la mar hasta llegar á Urabá, y desde allí fué en demanda del Guacá y otras provincias, y las cosas acontecidas en aquella jornada.

Quando con lumbre de la cuarta esfera  
Se descubria tiempo matutino,  
Y el mismo rey de Delos con carrera  
Veloce visitó décimo sino,  
Siendo ya quince cientos de la era  
Y treinta y nueve del natal divino,  
Sonaron trompas que la gente vaya,  
Y así se congregaron en la playa.

Vergas en alto tienen los navios,  
Prestos en la ribera los bateles;  
Embárcanse caballos y atavios;  
Soldados, capitanes, coroneles;  
Hacen de Calamar luego desvios,  
Hinchén velas los vientos infieles,  
Entonces buenos, pues con larga escota  
Al puerto de Urabá llegó la flota.

Fueron en aquel pueblo recibidos  
De los vecinos con amor fraterno,  
Y negocios algunos proveidos  
Por el Vadillo cerca del gobierno,  
Vuelven á los navios referidos  
Porque los convidó viento galerno;  
Llegaron á la playa de aquel puesto  
A donde Julian fué descompuesto.

El práctico soldado y el novicio,  
Para prosecucion de su viaje,  
Desembarca caballos y servicio  
Con los demás pertrechos y fardaje;  
Hierva la diligencia y el bullicio,  
Enfardelándose matalotaje,  
Harina de maiz, antes tostado,  
Para se sustentar en despoblado.

Hicieron del asiento su partida  
Después de cuatro días ya pasados ;  
Y por la tierra ser desproveida  
Por partes que sabian los soldados,  
Por llevar en caballos mas comida,  
Iban á pié los mas cualificados,  
Pareciéndoles ser cruel batalla  
La gran necesidad de vitualla.

Pasan por Urabaibe, pueblo antiguo  
En aquella sazón ya despoblado,  
Cuyo señor solia ser amigo,  
Y entonces á los montes retirado ;  
Atraviesan desiertos sin abrigo,  
Adonde les valió su buen recado ;  
De allí fueron peones y caballos  
Al río que llamaban de los Gallos.

Que todas estas gentes convecinas,  
En tiempos atrasados de Pedrarias  
Iban á contractar á las marinas  
Y habian de españoles cosas varias ;  
Y así corrió la casta de gallinas  
Por las gentes de paz y las contrarias :  
El río pues tomó tal apellido  
Entonces por un caso sucedido.

Y fué, que caminando por aquesta  
Parte ciertos soldados atrevidos,  
Como no se hallase senda presta  
Ni rastro para ver bárbaros nidos,  
El canto de los gallos manifiesta  
La parte donde estaban abscondidos :  
Así que por los hombres de aquel uso  
El río de los Gallos se le puso.

Hallóse pues allí rastro patente  
Y huella de salvaje compañía ;  
Luego Pablo Fernandez fué con gente  
Para poder tomar alguna guía ;  
El campo caminó por consiguiente  
Al río que del Tigre se decía,  
Por un tigre que César habia muerto  
Al tiempo que pasó por aquel puerto.

Allí con música no mal compuesta  
Se celebró, por ser su santo día,  
La Purificación, divina fiesta  
De nuestra benditísima Maria ;  
Y el licenciado tuvo mesa puesta  
Donde regocijó la clerecía,  
Repartiendo con ellos sus regalos  
En tiempo que ningunos eran malos.

Y para mejor postre de la mesa  
El buen Pablo Fernandez allí vino,  
El cual traía cierta gente presa  
Y cuatrocientos pesos de oro fino ;  
Recibieron contento con la presa  
Y otro día prosiguen su camino,  
Llevando ciertos indios á recado  
Para que los metiesen en poblado.

Sabian ya de nuestros españoles,  
A causa de sonar los ministriles  
Por aquellas alturas y peñoles  
De bárbaros desnudos y hombres viles,  
Que meten dentro de unos caracoles  
Por gran honestidad miembros viriles ;  
Las mujeres encubren sus manecillas  
Con hojas ó con ciertas pampanillas.

Yendo marchando pues con buen avío  
Segun suelen en guerra los espertos,  
Encima las barrancas de aquel río  
Había muchos indios encubiertos ;  
Pasan los nuestros sin hacer desvío  
Porque de la celada van inciertos,  
Y al tiempo que la recta guardia llega  
Comienza la beligerá refriega.

Suena terrible grito y estampida  
Del indio que del paso se aprovecha,  
Por ser aquella parte la subida  
Y por otra ninguna se desecha ;  
Vuela sobre la gente detenida  
Innumerable piedra, dardo, flecha ;  
Resuenan las rodélas y celadas  
Que de las duras piedras son tocadas.

Bien como cuando veis cielo sereno,  
Y repentinamente de verano  
Viene nublado de tormenta lleno  
Amenazando pago comarcano ;  
El cual rompiendo con horrendo trueno  
Perjudicial y congelado grano,  
Es por los bravos vientos esparcido  
Con impetuosisimo ruido :

Así después de dar horrenda grito  
Los abscondidos en lugar secreto,  
Tan áspero turbion se precipita  
De tiros incitados por Aletó,  
Que al escuadron cristiano necesita  
A irse retirando del aprieto,  
Pues á causa de ser lugar estrecho  
No fueron los caballos de provecho.

Hallábase la gente como manca  
Sin poder menear hierros agudos,  
Mas los peones de la gente blanca,  
Cubiertos de los cóncavos escudos,  
Procuran de ganalles la barranca  
Do se fortalecian los desnudos ;  
Y después de pelea bien reñida  
Al cabo los pusieron en huida.

Tantos fueron los dardos y la piedra  
Contra la gente bien apercebida,  
Que el caballo murió de Saavedra,  
Y los heridos más tuvieron vida ;  
Hirieron un trompeta dicho Tiedra,  
Pero no fué de muerte la herida :  
Luego con toda prisa se procura  
Salir de la quebrada y angostura.

Atravesando van tierras vacías  
Hasta el río de los Caricuries,  
Así llamado porque en estós días  
Tomaron dos á ciertos alfaquies ;  
Después al río de las Monterías,  
Porque mataron ciertos jabalies,  
Luego dirigen las humanas proas  
Al río dicho de las Barbacoas.

Dieron algun vagar á sus porfias  
Por ser aquel terreno menos ciego,  
Y haber peregrinado muchos días  
Sin que hallasen dó tomar sosiego ;  
Salió con gente para tomar guías  
El adalid Pablo Fernandez luego,  
Entre tanto que el campo descansaba  
Y otro mejor recurso se hallaba.

Por otra parte fué también Mojica  
Para buscar país que se cultive,  
Pues en tierra do estan, por no ser rica,  
De gente natural muy poca vive,  
Y diferente trocha los aplica  
A la provincia que llaman Abive,  
Terreno de poquitos moradores,  
Mas eran curiosos labradores.

Humana carne comen todos ellos,  
Y es gente de gallarda compostura ;  
Traen ellas y ellos los cabellos  
Tan largos que traspasan la cintura ;  
Hombres luengos de zancas y de cuellos,  
El cuerpo sin ninguna vestidura,  
Pero cubren las partes vergonzosas  
Con pedazos de manta y otras cosas.

Gente de soberbisimo semblante,  
De corazón altivo y esforzado ;  
Tienen caza de puercos abundante  
Y cantidad inmensa de pescado ;  
Hallaron pues los que iban delante  
Quinientos pesos de oro mal labrado,  
Mas era tan cabal en la fineza  
Que prometía mucha mas riqueza.

Pues como se juntasen sin sentillo  
En Abive por vía diferente  
Francisco de Mojica y el caudillo  
Pablo que caminó primeramente,  
Envian mensajeros á Vadillo  
Para que venga luego con la gente,  
Pues en aquel lugar que represento  
Se hallaba gran copia de alimento.

Como llegasen estos mensajeros,  
Recógense los toldos con presteza ;  
Van adelante los hazadoneros  
A fin de remediar el aspereza  
De las barrancas y derrumbaderos ;  
Bajadas y subidas de grandeza,  
Porque todos aquellos son caminos  
De todos los del mundo mas malinos.

Llegados á las dichas rancherías  
Donde los esperaban los soldados,  
Allí holgaron mas de veinte días  
Sin ser de naturales contrastados,  
Hasta tanto que ya las compañías  
Y los caballos fueron reformados ;  
Mas todavía por los malos puertos  
Quedaron seis caballos allí muertos.

El cuarto día siendo pues llegado  
De aquel mes que tomó nombre de Marte,  
Con voces de trompetas fué mandado  
Salir y caminar el estandarte  
Por áspero camino y encumbrado,  
Sin lo hallar mejor por otra parte ;  
Y de caballos, cuando se subía,  
Cuatro se despeñaron aquel día.

Sierras montosas faltas de las lumbres  
De rayos cuya vista da consuelo,  
Tales que parecían que sus cumbres  
Comunicaban con el alto cielo ;  
Y para mas molestas pesadumbres  
Lodos intolerables por el suelo ;  
Y allí los que pasaban delanteros  
Caminaban mejor que los postreros.

Por ser aquel camino de manera,  
Con la blandura grande que tenia,  
Que cuanto mas hollado peor era  
Y dél con mas trabajo se salía ;  
Y algunas veces toda la bandera  
Dormir en una parte no podia,  
Siño que cada uno se quedaba  
Do la lluviosa noche lo tomaba.

Y si por aquel bosque tan extraño  
Oviere naturales congregados,  
Hicieran ciertamente mucho daño  
En los que se quedaban rezagados ;  
Mas la maleza dél fué desengañó  
Para no recelarse los soldados ;  
Y en esta pena de rigor terrible  
Vadillo hizo mas de lo posible.

Y así mas adelante se desliza  
Y fué por estos trabajosos lodos,  
Hasta que ya halló casa pajiza  
Y al cuarto día se juntaron todos ;  
Miércoles señalado de Ceniza  
Do se tomó según cristianos modos,  
Y con la ceremonia que conviene  
Allí se celebró misa solene.

Bajó luego la gente fatigada  
Aquel jueves que fué día siguiente,  
Y otra sierra peor que la pasada  
Por donde tienen de ir vieron en frente,  
En dos partes la gente separada  
Fué, porque vayan mas comodamente ;  
Vadillo con los unos va delante,  
Y Villoria quedó con el restante.

Papel ni pluma no serán bastantes,  
Ni hojas ni prolijas escrituras,  
Si queremos de trances semejantes  
Particularizar las desventuras  
Que padecieron estos caminantes  
En aquellas montañas y espesuras ;  
Gastaban pues aquestos días todos  
En sacar los caballos de los lodos.

No bastaba la sogá ni correa,  
Y todos, ya sin sillás y sin frenos,  
Amos y ellos van de una librea,  
Pues todas las cubiertas eran cienos ;  
Valióles mucho gente de Guinea  
Que para los trabajos eran buenos,  
Pues en rigores tan intolerables  
Eran ellos los mas infatigables.

Y muchas veces les acontecía  
Sacando los caballos de la greda,  
El pié que entre raíces se metía  
De las espesas matas y arboleda,  
No vello de la suerte que solía,  
Porque la uña dentro se le queda ;  
Y así servian en aquel viaje  
Muchos rocines de matalotaje.

No dejaba por esto su demanda  
Aquel que lleva la real conduta,  
Hasta que vieron en contraria banda  
Tierra mas clara y algo mas enjuta  
Adonde reparó ; mas luego manda  
Que con alguna gente bien instruta  
Camine Pablo porque los adiestre,  
Hasta ver tierra que mejor se muestre.

Como tuviese Pablo gente presta  
Cual era menester en su contienda,  
Dos días le duró tierra molesta,  
Al cabo de los cuales vido senda  
Que rastro de seguir les manifiesta  
Y aliento para mas soltar la rienda ;  
Y así fueron con buenas esperanzas  
Hasta que vieron pueblos y labranzas.

Era valle de grande circuíto,  
De espesas y bien puestas poblaciones ;  
Aqueste se llamó valle del Pito,  
Que yo no sé decir las ocasiones ;  
Mas número de chinches infinito  
Hay por allí contrarios en faiciones ;  
Llámanse pitos, tienen las costumbres  
De chinches y aun mayores pesadumbres.

Encima de los próximos oteros  
Quedó Pablo Fernandez encubierto ;  
Al gobernador hizo mensajeros  
Para que de lo visto fuese cierto,  
Y se partiese con los compañeros  
A ver lo que tenían descubierto ;  
El cual visto mensaje tan aceto  
Mandó que se partiesen al efeto.

Con la apacible prisa caminando  
Llegaron donde Pablo los espera,  
Y allí hicieron noche, consultando  
El orden que tenían en salir fuera ;  
Dióse por parecer que salgan cuando  
Venga la lumbre de la cuarta esfera ;  
Y puestos en el orden conveniente  
Esperaron á ver la roja frente.

Quando la sombra de la noche triste  
De aquellos horizontes rebujía,  
El róseo color en quien consiste  
La lumbre clara del alegre día  
Las cumbres altas y los valles viste  
Con aquel resplandor que les envía ;  
Alistaron pertrechos necesarios  
Para salir á dar en los contrarios.

Mas antes de dejar montes opacos  
Hizo Vadillo sus razonamientos,  
Y los vestidos de estofados jacos  
Correspondieron bien con sus intentos ;  
Los hambrientos caballos, aunque flacos,  
Parecian tener nuevos alientos,  
Pues viéndose con armas van alegres  
Barruntando también llenos pesabres.

Y así llegados á la gran zavana,  
Cubiertos de cubiertas de algodones,  
Puestos en orden y en carrera llana  
A vista de las grandes poblaciones,  
En batiendo la gente castellana  
Las piernas, salen como los halcones  
Quando se abaten para hacer presa  
En la liebre que va por la dehesa.

Oyéndose la grito de repente  
Que dieron los que van en altas sillás,  
Ocurre grande número de gente  
De parte de las bárbaras cuadrillas,  
Y admiranse de ver equina frente  
Y bestias que no saben resistillas ;  
Quedan como pasmados, porque antes  
No vieron animales semejantes.